

# MUSEO BALEAR

DE

HISTORIA Y LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

---

LA TRADUCCIÓN FRANCESA

DE L'ATLÁNTIDA

POR MR. JUSTIN PEPRATX

---

Mucho hace que debimos dar cuenta de esta obra literaria que su autor tuvo la amabilidad de remitir á uno de nuestros redactores; pero hoy viene á acusar nuestra tardanza el artículo que á continuación traducimos del periódico *Le Roussillon*.

Si honra á los provenzales la versión, no ménos honra á los catalanes sus hermanos dilatando por Francia y por todo el orbe culto, un poema cual pocas literaturas de esta época han producido. No contraerémos el árduo empeño de juzgarle; pues por sí mismo se ha elevado á la región de las más altas concepciones poéticas desde la cual admira á críticos y aficionados con la grandiosidad de su invención,

*Segunda época.—N.º 14.—15 Noviembre 1884.*

el vigor de sus robustas formas, la sublimidad de sus afectos y el carácter original de rudeza enérgica y entusiasta ternura que despiertan en el ánimo ya las dulzuras del Paraíso ya los terrores del Diluvio. Mr. Pepratx ha acertado á identificarse con aquel mundo gigantesco; ha descifrado el estilo brillante y por decirlo así recién creado del poeta, retratando en las flexibles formas de la lengua francesa sinó la inimitable fuerza de la frase catalana, por lo ménos la intensidad del concepto y la vivacidad de la pintura. En esta traducción su autor, tan modesto como inteligente, no aspira á ostentar su fraseología propia, ni á reemplazar las bellezas del original con otras bellezas suyas, sinó á hacer resaltar con el esmero y el cariño de un hermano todos los rasgos admirables que constituyen el mérito del poema. Esta abnegación poco común en traductores poetas, es á nuestro juicio la cualidad característica del trabajo de Mr. Pepratx; y le embellece con aquella nítida sencillez que encanta en los lienzos del pintor cuando sabe trasladar la naturaleza que admira sin el propósito de competir con ella ó sobredorarla. No nos maravilla que esta fiel, correcta y animada versión haya merecido los plácemes de la prensa parisiense, como merecerá sin duda los de la nuestra, si es que tan bien ajustado trage francés consigue hacer grata á los difíciles críticos de la córte española una obra nacida en los ásperos riscos catalanes.

Reciba entre tanto el traductor la humilde felicitación del MUSEO BALEAR que se envanece de contar como compatriotas al poeta épico catalan Verdagner y á su feliz intérprete provenzal Mr. Justin Pepratx.

---

Hé aquí el artículo á que nos referimos:

## «LA ATLÁNTIDA Y SU TRADUCTOR

### ANTE LA PRENSA PARISIENSE

---

No sin experimentar un vivo sentimiento de satisfacción, mezclado con cierto orgullo patriótico, vemos desde hace algún tiempo á las revistas y los diarios de la capital ocuparse del gran poema catalán y de su afortunado traductor.

Nuestro antiguo compatriota ha traducido, como se sabe, en verso francés la obra de Verdaguer, de un modo que satisficé á la vez á literatos y filólogos. Ha hecho pasar á nuestra lengua, con un raro acierto, todas las bellezas del poema catalán: y gracias á él todo el mundo puede hoy conocer y admirar ó cuando ménos juzgar y apreciar como conviene, esta obra colosal y verdaderamente *hors de pair* según la expresión del conde de Toulouse-Lautrec.

Se pudo leer en la reseña que publicamos en Junio de 1883 de las fiestas literarias de Barcelona y de Mompeller, con cuanto favor fué acogida la lectura hecha por nuestro amigo, de diversos trozos de su trabajo, entónces inédito: las felicitaciones que recibió y las ovaciones con que fué saludado.

Publicada en el mes de Abril del presente año su traducción, ha llamado súbitamente la atención de los literatos

y publicistas de la región que comprende las provincias francesas y españolas, un tiempo unidas bajo el cetro de los mismos reyes hablando entonces la misma lengua que muchas han conservado.

*La Renaixensa, La Ilustració Catalana, L'Avens,* la *Revista Catalana* de Barcelona y *Le Passant*, deliciosa revista del Mediodía que se publica en Perpiñan, fueron los primeros en enterar á sus lectores de la reciente obra. Imitados fueron, en seguida por *Le Messager du Midi*, de Mompeller; *L'Herault, Le Publicateur* de Beziers y más tarde por *Le Roussillon* y *Le Patriote des Pyrénées Orientales*. Este último periódico en un artículo notablemente escrito, despues de haber indicado las dificultades vencidas por el traductor-poeta no titubea en declarar que éste, de un maestro catalán ha hecho un maestro francés.

Á su vez *La Presse Parisienne* no ha tardado en emitir su juicio sobre la obra misma y sobre la traducción del literato francés que la ha dado á conocer: y consagrando en alguna manera con su autoridad indiscutible, la opinión de los primeros jueces, ha proclamado la grandiosidad y la maravillosa belleza de la primera al mismo tiempo que el valor y los méritos de la obra.

Hemos insertado ya un fragmento del estudio, interesante á no poder más, publicado por el conde de Toulouse-Lautrec en *Le Correspondant*. Hemos trascrito un eruditísimo artículo del periódico *Le Temps*. *Le Siecle* ha dedicado algunas páginas, muy bien hechas, al poema de Verdaguer y á su traductor. *La Revue du monde latin* ha hecho un escogido elogio del uno y del otro. Por fin, en una obra reciente titulada *Un capricho de la pluma*, el poeta de *grands cœurs*, un escritor de raza, tan elegante y pulcro

como espiritual y correcto, Mr. Stephen Liégeard antiguo diputado de la Moselle, ha cincelado sobre la Atlántida un cuadro delicioso, seguido de una nota, en donde, con una frase tan alhagüena como delicada, caracteriza la traducción en verso de Mr. Justin Pepratx, diciendo que *parece el poema original*.

Hoy tenemos nosotros el placer de dar á nuestros lectores la noticia que acaba de publicar el periódico *La Presse*, por ser de una pluma hábil, y ciertamente de las más autorizadas.

«Mr. Justin Pepratx acaba de dar cima á un árduo proyecto, terminado, y nos complacemos en decirlo, con todo primor. Ha traducido en verso francés—en escelentes versos—el soberbio poema catalan de Verdaguer, *L'Atlántida*.

»Como ha dicho Mr. de Toulouse-Lautrec en el *Correspondant*: «El carácter de su traducción es el de una impersonalidad generosa, el de una completa abnegación. Ha seguido rigurosamente la forma de las sestillas y cuartetas de Verdaguer aplicándose á verter el genio del poeta y el de su lengua, consiguiéndolo plenamente.

»Es inútil hablar aquí del poema de Verdaguer, que conocen no sólo los felibres y los amigos de las lenguas romanas, sinó tambien todas las personas que observan el movimiento literario de Europa desde hace veinte años. *L'Atlántida* tiene más que suficientes méritos para ser considerada clásica, como *Mireio* y *Calendau*. Es una obra á la vez delicada y colosal, que une á todas las grandezas de la epopeya, todas las gracias del idilio. La traducción de Mr. Pepratx conserva todo su perfume y sabor para tantos otros, desheredados del cielo por no estar aun iniciados en las lenguas romanas. Citaré algunos versos para

que se vea que la traducción tiene todo el encanto de la obra original:

### BALLADE DE MALLORQUE (\*)

Un jour, près de la mer que le Montgo domine,  
plongeant les pieds dans l'onde et le front dans les cieux,  
une vierge emplissait d'une grâce enfantine,  
sa cruche, hélas! fragile, en une eau cristalline  
où se miraient ses jolis yeux.

Soudain son pied de nacre a glissé sur la mousse,  
et la cruche des mains lui tombe en éclatant.

Pour son âme ce fut une rude secousse.

Des pleurs qu'elle versa, la mer, jusqu'alors douce,  
devint amère au même instant.

L'eau qu'elle avait puisée était tout perles pures,  
comme en on rarement les calices des lis;  
aussi que de soupirs, de regrets, de tortures,  
quand elle vit gisants, déjà pleins de souillures,  
de sa cruche d'or les débris!

---

(\*) Hé aquí el original catalán de la Balada de Mallorca:

À la vora-vora del mar hont vigila  
Mongó, 'ls peus á la aygua y als nuvols lo front  
umplía una verge son cànter d'argila  
mirantsé en la font.

Son peu de petxina rellisca en la molsa  
y á trossos lo cànter s'enfonsa rodant;  
del plor que ella feya, la mar que era dolsa  
tornava amargant.

Pus l'aygua pouhada cristall n'era y perles,  
com gayres no 'n copsan los lliris d'olor;  
no es molt si sospira cuant veu les esberles  
del canteret d'or.

La mer compatissante en ses plis les recueille  
 pour eux, elle demande à mai ses rosiers frais,  
 à tes jardins, l'éclat de leur première feuille,  
 Valence, et leur bouquet qui jamais ne s'effeuille,  
 puis, à ton ciel d'azur, un dais.

.....  
 Trois tessons s'étaient faits, trois îles en sont nées,  
 les voyant du soleil désormais les amours.

La terre les appelle: «O filles fortunées!

Dit elle. Dans mes bras, ah! venez entraînés.»

Mais la mer les garde toujours.

»Algunos críticos han señalado en la obra de Mr. Pepratx diferentes inversiones violentas que el autor hubiera podido evitar facilmente con la ayuda de su claro talento, si hubiese consentido en respetar ménos el texto catalán. Pero estas no son más que ligeros lunares que en nada perjudican el encanto, la fuerza y el alto valor de la traducción.

JULIO BOISSIERE.»

La mar s'en dolía, les pren en sa falda,  
 y al Maig, per plantarhi, demana un roser,  
 Valencia, á tes hortos verdor d'esmeralda  
 y á ton cel dosser.

Per bres la conquilla de Venus los dona  
 gronxada pel Céfir de vespre y matí  
 y 'ls testos que un alba de roses corona  
 ja son un jardí.

Ab flors de l'Arabia l'enrama y perfuma  
 y d'África ab palmes, d'Europa ab aucells,  
 alegre ses ribes, que 's preuen d'escuma  
 mes amples cinyells.

Tres eran los testos, tres foren les illes  
 y, al veureles ara volgudes pel sol  
 les crida á sos brasos la terra per filles,  
 y 'l mar se les vol.

---

## EL MEJOR CONSEJERO

---

### II

#### GÉNOVA

Pues sí, respetables miembros de los institutos Geográficos de Europa y América, han de saber Vds. con asombro que en los dominios españoles hay tambien un Génova, que si no ha sido pátria de Dorias ni Colones, porque nuevita, de ayer, no ha tenido tiempo de engendrar héroes; si no ha sido rival de Venecia, ni ha necesitado para su gobierno de toda una república, y vive modesta y feliz bajo el régimen paternal de un alcalde sin secretario, merece su origen una docta disertacion, tomando las cosas de muy atrás, como es costumbre entre eruditos.

Los habitantes de la ciudad de Palma, poetas, por efecto natural del cielo; músicos por discípulos del mar, el gran maestro de la melodía y la armonía; pintores, porque la salida y la puesta del sol les dan un color de rosa en las cumbres, y un azul en las faldas, y una sombra en los valles, y un verde en los naranjos, que componen espléndidas paletas, no pueden vivir siempre encerrados entre murallas,



viendo el cielo entre tejados, y á la venida de las codornices, cuando ondulan las mieses salen al campo á recibir á la primavera, á coger flores, á respirar aires puros y balsámicos, á tender la vista en anchos horizontes, inclinacion á la naturaleza, que ha dado origen á todos esos pueblecillos que rodean á la ciudad.

Desde la muralla de tierra se descubre una extensa llanura cerrada al poniente por los cercanos montes de la Burguesa, rocallosos y sin vegetacion en algunas de sus vertientes, vestidas otras de olivares, y coronadas de pinos que se destacan en el cielo, á donde, más lejano, se eleva el cono de Galatzó, para decir que allí detrás hay aún más tierra. Esta cadena de pequeños montes forma vértice en la apariencia con la gran cordillera del norte, que se estiende en forma de crestas, puntas, mesetas, gargantas, cortaduras, cumbres en forma de castillos, sobrepujada la línea desigual por la gran silla de caballo del Puig Mayor. En esa masa gigantesca de montañas, que se deprimen al desvanecerse á lo léjos, hay sombras oscurísimas de valles, manchas negruzcas de bosques, rojizas de peñascos, esmaltes de pinares y las rocas cenicientas de las cumbres calcinadas por el sol. Desde media cordillera, al parecer, y sin ocultar más que la base, se extiende en arco hácia el oriente y sur un escalon del terreno, con accidentes de colinas y rayas de caminos que suben rectos y en revueltas, como si fuesen á faldear por ambos lados el monte de Randa. Este pliegue, al llegar á la bahía, continúa formando la costa de levante. Toda esa llanura cerrada está cubierta de arbolado, salpicada de casas de campo, en algunos sitios formando grupos, que no son pueblos ni aldeas, pues no se ven bueyes ni vendimiadoras, sinó unas ciudades pequeñitas de nueva invencion, sin

tiendas, ni plazas, con muchos jardines y torrecillas y una iglesia en construcción ó acabada de hacer. Entre la frondosidad, en las eminencias, al pié de las colinas, medio ocultos en los valles, y á la orilla del mar, esos pueblecillos risueños, que parecen pollos merodeadores escapados de las alas de la gran llueca, forman un panorama especial, que dá carácter á una capital en que todos tienen casa de campo como una de las más imprescindibles necesidades de la vida.

Tendido en la falda de Bellver, desde los pinos de la colina hasta las rocas del mar, cortado por una carretera, á la que afluyen calles cruzadas por otras, en ángulos rectos, la población llamada El Terreno, con sus jardines, delante ó detrás de los edificios; con sus casas en forma de castillos más ó menos feudales, de piedra no ennegrecida por el tiempo; con sus *chalets* suizos, de semejanza dudosa; con las construcciones vulgares revocadas; con sus torres, alguna, si no Bizantina, de Bizancio; hasta con edificios de reminiscencias chinas; con sus verjas, columnas, grandes galerías, puertas á que se sube por escalinatas exteriores, de dos ramales; fachadas blancas, de piedra, coloradas, amarillas, color de plomo, forma la unidad del desorden, cuyo conjunto no es la ridiculéz de la arquitectura, sinó la expresión libérrima de un arte sin más regla que la alegría loca de un día de campo. Esta población se extiende, con vacíos muy cortos, hasta Porto-Pí.

Entre el ambiente resinoso del pinar y las emanaciones marinas, sonríen los edificios, y, en sus terrados, ó delante de las puertas, ríen con estrépito, despues del baño, alrededor de la merienda, grupos bulliciosos de muchachas y de madres, limpias de pinturas y blanqueos las caras de aquellas, y de mal humor las de las otras, transformadas

en expresion de indulgencia, miéntras los cocheros, en sus pescantes, con una gravedad tan de piedra como la del castillo de Bellver, que preside esos festines, esperan, al polvo, el fin del crepúsculo.

Mas tierra adentro, en un alto, al pié de una cordillera de colinas, que ya parecen montes, entre maleza, olivos, algarrobos y almendros, formando calles, y con jardines, en cuyo fondo hay casas de una arquitectura que sólo indica las comodidades interiores, Son Rapiña huele á tomillo y á romero.

El Terreno tiene por campo el mar; Son Rapiña tiene por mar una llanura de arboleda. Los horizontes de las dos son blancos en los días en que las olas rebosan en espuma, y cuando los almendros se cubren de flor.

Los ruidos del Terreno son el rodar de los carruajes y la rompiente; los de Son Rapiña el caramillo de los pastores y la esquila del ganado.

Á muy corta distancia de ésta, y uniéndose ya, Son Serra y la Vileta se ocultan en una hondonada, en que el arbolado, luchando con la piedra, se introduce entre las casas. Los jardines parecen trozos de campo cercados, que cortan la poblacion, cuyas calles apénas tienen forma. Es un retiro muy cerca de Palma desde el cual no se la ve, como si estuviese muy léjos del bullicio, internado en la tranquilidad de las soledades.

Despues de una extensa falda y de un valle de una legua, extension tachonada de edificios, más próximo á la gran cordillera de la isla, se alza sobre una eminencia Establiments en el confin de los almendros con los olivares: es el alta mar de la campiña. Allí los verdes cambian de color, como las aguas cuando se llega á los grandes fondos. Son

dos ó tres grupos de poblacion entre casas dispersas. Desde allí se distinguen las hendiduras de las cumbres, un valle cuyo ambiente hace presentir manantiales, y en cuyo fondo se extienden sombras tempranas; y, á lo léjos, la catedral junto á un lago tranquilo.

Marchando hácia el levante, Son Sardina, junto á la carretera, en el punto ménos pintoresco del llano de Palma, parece un descanso de caminantes abrasados por el sol.

Mas allá, dominada por el gigante de la fábrica harinera; cruzada por un camino y un ferro-carril; con su estacion y sus almacenes, el Pont d'Inca ha tomado el aspecto de factoría.

Circumvalando siempre la capital, á la orilla de dos calas, magníficos puertos de embarcaciones pequeñas, en la costa baja de la bahía, empieza la poblacion del Molinar en donde la ola concluye. De casas humildes, carcomidas las maderas y las paredes por el viento del sur, cubierta de algas la primera calle, y amarrados los botes á las puertas, poblada de rostros atezados por el sol y el aire, parece el retiro de los timoneles y de los maquinistas de mar, la cuna de los grumetes, casi un ponton: es un pueblo varado, con el salitre del temporal en las paredes. Los chicos allí gritan como gaviotas; las madres mandan como contramaestres, y hasta los carruajeros que llevan y traen gente usan patillas de marino y cara de patron.

Si pasáis por delante de una casa, en el Terreno, sobre una mesa redonda, con tapete de *crochet*, veréis en el interior jarrones de porcelana, llenos de flores, periódicos revueltos, un antejo de larga vista, y, en las paredes, grabados de la guerra de Crimea, cromos de frutas y escenas de la caza del Leon y del Tigre. En el interior de una casa

del Molinar veréis algun timon entre las sillas, en los rincones cañas de pescar, un sombrero de paja, un cuadro de la Real Trinidad á la aguada; en ninguna parte anteojos, pero algunos ojos de los que sondean las algas; y una alacena con loza y cristal, botellas de ron y tarros de Ginebra; contravenenos del agua, que no es muy buena allí, segun opinion de un piloto viejo, muy amigo mío, que, desde unas fiebres que cogió en la bahía de Honduras, es muy delicado en eso de aguas.

Pero más que todos esos caseríos pintoresca y alegre es la Génova cuna de la heroína de esta narracion contemporanea. En el collado que forman los estribos de Bellver y los de la Burguesa empieza una vertiente que se abre en anfiteatro al mar, hendida por cañadas que los accidentes del terreno subdividen en otras, llenas de arbolado de todos los verdes. En aquella concha de esmaltes, como piedras engastadas, brillan prominentes en las alturas, y medio escondidas en las ondonadas, infinidad de casas solas, y en grupos alrededor de la iglesia, que se destaca en medio de aquella dispersion de habitaciones, como centro y lazo de todas. En aquel espacio en forma de herradura abierta, el olivo y el algarrobo sombrean el fondo de los pliegues, el verde claro del almendro cubre las laderas y los lomos, algunos pinares pequeños dan austeridad al paisaje, y por la montaña de la derecha, estéril, trepan las higueras chumbas, que son la fertilidad de las grietas. Allí los jardines de las casas son tablares cercados de higueras de pala; delante se extiende el mar de la bahía y la costa de enfrente. La cuenca de Génova es un nacimiento en que los niños han amontonado casas y árboles de todas clases, rocas desnudas, arenas, el mar, unas islas en miniatura con su torre de vigía,

formando un absurdo real y verdadero. Se me olvidaba decir que á lo léjos, detrás del cabo Regana, se distingue Cabrera, isla sin habitantes casi, frecuentada por palangreros, y de la cual la Ilustracion Española y Americana, puede muy bien decir que tomó el nombre del caudillo de Morella, como dijo que el Miramar de Mallorca tomó el suyo del que construyó en el golfo de Trieste el desgraciado Archiduque Maximiliano, cuando fué este príncipe quien, con el nombre español, levantó en su patria un Miramar, recuerdo del de Raimundo Lulio, que visitó y se le había grabado en la memoria ó en el corazon, tal vez más que por la espléndida magnificencia del lugar, por un presentimiento del martirio.

Entrando en Génova por la parte de arriba, un sendero corto lleva desde el camino, al través de un tablar con tres almendros, una higuera y un granado, á una casa pobre, medio oculta entre los árboles.

La entrada á la modesta habitacion es una puerta en forma de arco, junto al brocal de la cisterna; al otro lado, otra ménos principal dá á la cuadra.

En el interior de la casa hay una artesa, un cedazo colgado en la pared, algunos taburetes con asiento de cuerda de palma y una albarda con las aguaderas encima, cubiertas con una zalea.

Las comodidades interiores se reducen á un cuarto en que hay una cama con gergon, una pila de agua bendita á la cabeza, una estampa, con cristal y marco de madera, que representa la Vírgen del Cármen, segun dice el letrero; una arca, y encima un espejo, algo carcomido el azogue, pero bastante áun para decirle á la dueña de la casa hasta donde ha de pasarse el rebociño, para que favorezca un rostro lozano. Más adentro, hay una puertecilla interior

que comunica con el establo; enfrente una cocina de hogar, con un jarral rico en cántaros y un vasar pobre de pucheros.

Allí había nacido y vivía, sin haber visto del mundo más que el rincón de Palma y sus alrededores, la heroína de nuestra historia, por quien había preguntado un viajero que no conocía Mallorca, caso extraordinario que excitó la admiración del marinero Bartolomé Xaloch, la curiosidad de su mujer y el deseo de contarlo al público.

Era Catalina una muchacha de veintidos años, de talle flexible, como suelen tenerlo las jóvenes criadas al aire y al sol, de fisonomía alegre y triste, según vencía la juventud ó las penas, ó le pesaba la soledad, pues era huérfana, sin parientes, y vivía sola, por necesidad, con su virtud por guardador y sin más compañía que la de un asno, á quien, en la necesidad de amar, amaba con verdadero cariño; y hasta hablaba con él, lo cual no era la locura de hablar sola, sinó el impulso de contar á alguien lo que le bullía en la cabeza ó en el corazón.

No era hablar sola, porque el pobre jumento la escuchaba y miraba con las orejas caídas y ojos serenos, claros signos de atención y comprensión: por eso no debe admirarnos que Catalina, ansiosa de que alguien la entendiese, hubiera llegado á creer que su amigo la comprendía algo, y que se figurase también que ella le comprendía á él, si no por una media palabra, pues ni esto decía, por alguna muestra de cariño, frecuente en los animales, en quienes el corazón suple muchas veces á la inteligencia.

Era una lástima que el buen jumento no hablase, pues cuando miraba á su ama parecía que iba á decir algo, y bueno, porque su aspecto sesudo y la suavidad de su mirada

hacían creer que bajo el duro pellejo había un buen corazón y un gran sentido comun; pero no podemos concederle, en una novela realista, admitido como verdad que los animales no hablan, más elocuencia que la del silencio.

Catalina, había puesto nombre á su compañero, para personificarle más, y le llamaba *Curador*, no en desprecio del cargo, sino porque, en la alegría melancólica de una jóven huérfana, se reía así, con una palabra burlona y amarga al mismo tiempo de la soledad y el desamparo. Y bien podía llamarle *Curador*, pues mantenía á la jóven llevándole todos los días á Palma los cántaros de leche, cuya venta era el sustento de ambos, en una pobreza que sobrellevaban con resignacion, aunque no sin soñar ella en mejor fortuna y más altos destinos.

La pobre muchacha, que iba á casas opulentas y distinguía desde el umbral los tapices y cortinajes del interior, los criados que iban y venían, la luz templada, creía que allá dentro, en el fondo de aquellas salas misteriosas estaba la felicidad humana, el descanso, y como de noche dormía profundamente, soñaba de día que alcanzaba todo eso, pero no como la otra lechera, vendiendo huevos y comprando gallinas, sino por un medio más sencillo y práctico: casándose con un buen mozo, rico, que la elevase de un vuelo á esa posición en que no hay pesares, en que las personas son indudablemente superiores, y no murmuran los unos de los otros, y todos se quieren, como demuestran el saludo cordial que se hacen y las atenciones que los maridos tienen á sus esposas, y los caballeros á las damas. Todo eso lo veía Catalina y había de agradarle precisamente, y nada de particular tiene que lo desease y hasta que lo pudiese alcanzar y pensase en ello, pues casos de pastoras enlazadas con



príncipes se han visto y cuentan junto al hogar á las muchachas, las viejas, en las noches de invierno.

Algo influía también en estas combinaciones la vanidad de mujer, que hacía desear á Catalina un vestido con sobrefalda y lazos, y bollos detrás, y una sombrilla y un libro de misa, y un rosario de nácar, y una galerita con un caballo, por el pronto, aunque no la incomodase el sol, ni supiese leer, ni la cansase el ir á Palma á pié y volverse andando. En lo que nunca pensó, y debemos consignarlo en honra de la jóven, es en ponerse polvos en la cara, pues decía que todo el mundo ha de ver cuando una muchacha se avergüenza, pensamiento que no sé de donde lo había aprendido.

Dormía Catalina profundamente, pues los sueños del día no le quitaban el de la noche, cuando á las cuatro de la mañana, como si fuese la voz de la realidad que la llamase á la vida, la despertó un potente rebuzno de su vecino de alcoba, que la hizo sentarse en el gergon frotándose los ojos.

—Ya voy, ya voy: este animal es un reloj: siempre me llama á la misma hora, y no es que tenga hambre, sino que conoce que debo levantarme; porque si no, ¿de qué viviríamos? ¡El pobre, me quiere; y como hace tantas horas que no me ha visto... cuando oye mis pisadas rebuzna, aunque tenga pienso! Estoy segura de que me quiere... es el único sér que me ama, además de Estéban.

La jóven se lavó á puñados, se vistió deprisa, dió un pienso al impaciente, cortó una rebanada de pan, que, con sal y aceite, fué el parco desayuno al aire libre de la gallarda lechera.

Después de haber bebido, ella con la cantarilla, y de haber abrevado el tordillo, porque lo era, en un impulso de locura juvenil le dió un abrazo estrechísimo.

—Eres muy feo, *Curador*, pero así mismo te quiero; te quiero tanto que hasta me pareces bonito. Anda, hombre, no seas ingrato, dime también que me quieres, dímelo como sepas, de cualquier modo, que yo siempre te entiendo.

El tordo restregó las orejas por el seno de la jóven, mientras ella le ponía la cabezada.

—Basta, hombre, ya lo he entendido; ya sé que me quieres tanto como Estéban; tú me mantienes y me haces compañía; él me dá buenos consejos cuando los necesito; ¿qué haría yo sin vosotros? Estéban me arregló los papeles cuando se murió mi madre; vá á pagar la contribucion de mi casa; me dice siempre lo que he de hacer: es muy bueno, pero le sucede lo que á tí, no es muy bonito;... y también le quiero, como á un hermano. Él habla mejor que tú, y muy claro, pero aún no me ha dicho que desea casarse conmigo, aunque lo conozco. Yo no le doy lugar á que se explique, porque ya sabes que no me gusta un chocolatero: es poco...

Al apretarle las cinchas, el asno dió un gemido.

—No te enfades, hombre, ya sé que eres muy amigo de Estéban, pero no porque á tí te guste he de casarme con él. Como todas las mañanas te hace una caricia...

En aquel momento el asno inclinó una oreja adelante y la otra atrás.

—Tú oyes pasos desconocidos.

El tordo enderezó las dos orejas, y miró al camino con la nariz abierta. Delante de la casa se detuvo un marinero.

—¡Ola, Catalina! ¿Estás buena?

—¿Vos por aquí?

—Mi mujer te dá expresiones; la he dicho que me detendría para darte una buena noticia.

—Pues, bien venido.

—Ella no quería que te lo dijese; porque es forastero, aunque habla en mallorquín; ¡pero qué Diabolo, las muchachas se han de casar!

—Siempre estais de buen humor.

—Ahora te hablo con formalidad.

—Pues soltad la buena noticia.

—Que ayer te traje en el vapor un novio.

—Me alegro mucho; le pondremos en confitura.

—Mira que te lo digo de veras... ¡Es mucho cuento que las mujeres no conozcan cuando no las engañan!

—¿Y era buen mozo?

—Y de moda; lleva el pelo alborotado y la barba partida.

—Empezaba á creer que fuese algun licenciado, de Génova.

—¡Si venía en cámara de popa! Mira, que cuando yo digo las cosas así, poniéndome sério, son verdad.

—Pues no lo comprendo.

—Me preguntó por tí con un interés... ¡Y mi mujer tiene una curiosidad!... me lo has de contar todo.

—¿Y venía de Valencia?

—Eso no lo sé; allí le embarcamos; pero podía venir de más adentro.

—¡Ah, ya sé lo que es!

—Pues explícate, muchacha, que tengo prisa.

—Vendrá de América, y mi tío le habrá hecho algun encargo para mí.

—Pues dí que te trae dinero.

—Si no conozco al tío; se fué cuando yo tenía dos años.

—No importa.

—Ni me acordaba de él.

—Pues eres una ingrata, porque él se acuerda de tí.

—Eso debe de ser.

—Y tal vez sea hijo de tu tío. ¿Era casado?

—Creo que se casó allá.

—Pues nada, es un primo: ¡cuidado con los primos muchacha! Si lo es, no te traerá dinero. Adios, que se hace tarde.

El recuerdo del tío había hecho verosímil la historia del marinero.

La imagen de un primo es siempre simpática á las chicas, y más á una sin parientes, á quien se le aparecía uno llovido del cielo; por eso Catalina no pudo quitarse de la cabeza el pelo alborotado y la barba partida del viajero misterioso.

La lechera se puso el jubon bueno, la botonadura de venturina, un zagalejo de percal, un rebociño como la nieve, con volante, y un sombrero de paja, de forma de sombrero, con ala ancha y ancha cinta azul; dió un ramalazo al borriquito, y salieron los dos de medio lado, ella aguijoneada por la curiosidad; él herido, más que por el cordel, por una ingratitud á que no estaba acostumbrado. En la carretera tomó el paso de costumbre, con la cabeza baja, como si fuese pensando en cosas tristes.

Catalina recogió la leche del ganado de Son Berga, y, más impaciente que otros días, montó en la cabalgadura, que andaba por el borde de la carretera, inclinacion á los precipicios muy natural en los seres desgraciados. Tomó despues en sus cántaros la leche de la Taulera, y, como no habían quedado llenos, se paró en el algibe que hay junto al camino. Con tanta gracia manejaba Catalina los brazos y las caderas, tirando de la cuerda del cubo, que el asno, en un arranque de galantería española, lanzó al viento,

con toda la fuerza del entusiasmo, la interjeccion admirativa ¡Ah!... usada tambien por los hombres y especialmente por los extranjeros, cuando empiezan á hablar el castellano.

El diablo de la chica llenó de agua los cántaros de la leche; el borrico levantó la cabeza, arrugó el labio superior, dejando descubiertos los dientes, en una risa que parecía de burla á la humanidad entera. «La muchacha que adultera la leche, es capaz de adulterar el amor,» máxima que no he leído en ninguna parte, pero que merece por su trascendencia social quedar consignada en un libro.

Pero, no crean ustedes que la cosa fuese tan grave, pues Catalina sólo tenía el aguar la leche por pecado venial, perdonado con agua... bendita, que tomaba con devocion.

Á los pasos, conocidos, de la cabalgadura, que, desde la esquina apresurados, hacían ruido casi de caballería mayor, salió á la puerta el chocolatero, mozo de ancha espalda y dilatado pecho, de poca estatura, pero de semblante viril, conjunto que, sin serlo de fealdad, hubiera desagradado, á no ser por la expresion de la fisonomía. Estéban se adelantó para atar la cabalgadura á la puerta, y, acariciándola maquinalmente con la palma de la mano, dejó entrar primero á Catalina, á quien en la tienda miró de alto abajo, con una minuciosidad que ruborizó á la jóven.

—¿Por qué te pones colorada, mujer?

—Me miras hoy de un modo...

—Llevas los botones de venturina y el zagalejo limpio: hoy es mártes.

—Ya lo sé, pero tenía un descosido...

—¿En los botones?

—No.

—Si no sabes mentir, Catalina. Creías que ibas á verle.

—¿Á quién?

—Vino ayer tarde á preguntar por tí.

—¿Uno de pelo alborotado y barba partida?

—¿Le conoces?

—Nunca le he visto.

—¿Pues cómo sabes?...

—Bartolomé Xaloch me dijo que preguntaba por mí un pasajero de esas señas.

—Que se te han quedado en la memoria.

—No es difícil.

—¿Entónces, si no le has visto, ni sabes lo que quiere de tí, por qué te figuras que sea el amor la causa?

—Si no me lo figuro, hombre.

—¿Pues por qué te pones casi el vestido de los días de fiesta? Hoy es mártes.

—Ya lo sé.

—Las cosas se han de ver como son.

—No sé qué tienes hoy.

—¿Y si no sabes que te gusta, porqué deseas agradarle?

—Si no lo deseo.

—¿Pues por qué te has vestido así?

—No lo sé.

—Esto no es contestacion.

—Pues me he vestido así, que tampoco es el traje de los domingos, sin pensar...

—Todo se ha de pensar en este mundo, si no, estamos expuestos á equivocarnos: es preciso reprimir los impulsos y ver si son legítimos. Puede ser que te hayas dejado llevar de un instinto de coquetería natural en vosotras.

—No sé que es eso.

—Ignorando el nombre se puede tener la falta.

—No lo entiendo: ¡estás hoy de un humor!...

Catalina callaba, y Estéban quedó también silencioso un momento; después continuó:

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Tú qué me aconsejas?

—¿Sobre qué?

—¡Es verdad! yo no sé...

—El interés con que desea verte demuestra...

—Que no me ha visto nunca.

—No te impacientes, mujer.

—¡Si de nada estás haciendo una bola!

—Quería verte aquí, pero yo le dije que en mi casa nunca. Ahora haz tú lo que quieras; yo no te aconsejaré.

—¡Conque ya no quieres ser mi hermano!... bueno.

—La verdad es que no somos hermanos, aunque te empeñes.

—¡No, si no me empeño!

—Todo eso es puntillo: sé que me quieres aunque digas eso.

—Tú eres quien no me quiere á mí.

—No es verdad. Digo que no somos hermanos, porque concluye un cariño cuando empieza...

—Pues entonces todo eso que estás amontonando son...

—Concluye; ¿qué ibas á decir?

—Nada.

—Querías decir celos.

—No, no.

—Los hermanos tienen celos también; y es el temor de que no te quieran mucho, Catalina.

—¡Si no hay nada, hombre; qué pesado estás!

—Ya lo sé que no hay nada; te lo digo por si acaso.

La voz de Estéban, temblona ligeramente, indicaba lo que reprimía bajo la apariencia de tranquilidad; Catalina hacía como que arrollaba algo con los dedos. Sin saber á donde mirar ni qué decir, por miedo de que sus palabras provocasen una explicacion de Estéban, más explícita; estaba impaciente, nerviosa, como se dice hoy; no pensaba más que en irse, y se levantó de la silla.

—¿Te vas?

—Voy á darte el vaso de leche, como todos los días.

—Es verdad; no me acordaba.

La jóven entró en el interior de la casa con la misma libertad que si hubiera sido la suya; Estéban la siguió con mirada de interés. La jóven volvió con un vaso, lo llenó de leche y se lo ofreció á Estéban, que lo tomó. En la mano temblaba el líquido en oleadas concéntricas, casi imperceptibles. Catalina miraba á otra parte. Estéban bebió, y, dejando el vaso en el mostrador, dijo:

—Gracias.

—¿Y tú no me das la pastilla de cada día?

—¡Tienes razon; perdona el olvido!

Estéban rompió de una libra de chocolate dos pastillas, y se las dió á la jóven.

—Son dos.

—Lo mismo dá.

—No tomaré más que una, como siempre.

—Bien.

—Adios, Estéban.

—¿Prometes decirme lo que quiera ese?

—Sí, sí.

—Mira, Catalina que no te equivoques; no sea que tomes por amor la vanidad, porque parece rico.



—Ya te he dicho que no le conozco.

—Pero él te habrá visto en alguna parte, ántes de salir de Mallorca.

—No lo sé. Adios.

—Cuidado, que la buena figura no indica buen corazon.

—Ya lo sé.

—Mira que cuando un rico entra en la casa de una pobre, huérfana y hermosa, la deshonra.

—En mi casa no entra nadie, Estéban.

—No he dudado ni un momento, Catalina.

Miéntas ésta desataba la caballería, Estéban le dijo:

—Piensa muy bien lo que ese te diga; piensa muy bien lo que sientas, no te engañes, porque el amor se adultera, como la leche y el chocolate.

Catalina se echó á reir, al arrear el burro.

—Y aconséjate de alguien. Hasta mañana; ¿eh?

—Sí.

—Aconséjate, no de quien sepa más, sinó de quien te quiera más: éste es mi último consejo de hermano. No lo olvides.

—No lo olvidaré.

—De quien te quiera más.

—¡Jesús, qué pesado! Arre, arre...

*(Continuará.)*

ANTONIO FRATES.

## LO MESTRAL

---

¡Ell es!... Ell es qu' un altre volta torna  
furiós, valent y brau,  
á visitar son pros y antich reyalme,  
que fonch un jorn sobrat á foch y á sanch.

Lo Rey dels vents, que triunfalment arriba;  
com sempre capdellant  
les forces formidables, vives mostres  
de son poder omnipotent y gran.

¿No heu coneguda encara sa llibrea?  
¿No vereu ahí, al tart,  
ja post lo sol, dessus lo cel estesa  
de son dossier la púrpura real?

Era ell, que sa vinguda ens feya á sebre,  
la que sol fer cad' any  
per veure si sos fills llur foch mantenen,  
si anima el ferro llur ardenta sanch.

Si conservan lo cor valent y noble,  
    si tenen fort lo brás,  
si son formals y de caracte enérjich,  
si encara son de llur paraula esclaus.

Lo cel mateix respecta sa arribada;  
    qu' al veure 'l traspassar  
l' entrellum, de ses voltes les cortines  
despenja, y posa el firmament llampant.

L' hermós Sol devant ell lluhu ab més força,  
    l' ayre es torna més blau,  
y en la nit los estels mes bé llambretjan  
al veure sa altivesa y majestat.

Al ull de la més dolce primavera,  
    dins lo bon temps del Maitx,  
cuant porta el blat sa espiga ja florida,  
cuant sos més vius colors mostran los camps;

cuant son novell vestit de festa y gala  
    los arbres s' han posat;  
cuant les rohelles y vaumers coronan  
ab roiya barretina llur front alt;

cuant de força y de pler y jovinesa  
    la Terra té l' encant,  
y l' Home sent renovellar sa vida,  
llavors arriba el Rey á sos Estats.

Á sos Estats que son aquells que parlan  
 l'idioma dels joglars,  
 Valencia, Catalunya, La Provença  
 y Tolosa y Mallorca y L' Ampurdá. (\*)

Vé per cobrar gavelles y fogatjes,  
 talles, alous, censals,  
 y arreus, y estims, y delmes y primicies,  
 perque son dret no s' aboleixca may.

Sa freda y blanca esposa, Tramuntana,  
 que vola á son costat,  
 espolsa de sa falda de regina  
 envers la Terra perles y diamants.

Mentres ell al passar replega aromes,  
 fulles y brots y rams,  
 y fruytes primerenques que li provan  
 de sos súbdits fahels lo bon treball.

Les espigades y lleujeres xexes,  
 forments y ordis daurats,  
 arreplegats dins sementers esperan  
 pobrets y alegres qu' el Monarca pás.

---

(\*) Lo vent Mestral, á causa dels Pirineus, pren una fesomia particular en los pahissos veynats á dita cordillera; y la gran forsa que desplega, les intermitencies ab que bufa y les particularitats que l'acompañan en dites comarques, el fan un vent local que no se pot confondre may ab el que reyna dins altres pahissos.

Y quant ab furia arriba, tremolosos  
se posan á cantar;  
y li fan cortesía y reverencia,  
tocant la terra ab sos capets preuats.

Y humills els peus li abrassan y li besan  
y ell los respecta. «Alsau»  
los diu «la unió vos donará la força.  
Axís vos vull; en santa jermandat.»

Mes ¡ay! quant veu la corpulenta alsina  
que may baixa lo cap;  
y el noble lladoner, y l'altiu roure,  
que per ningú del mon s'inclinan may,

y l'olivera capritxosa y rica,  
ab sos fruyters cimais  
qu'ab mil relleus fantástichs s'engalanan  
y devant ell no 's volen doblegar.

Cuant ou qu'al passar xiulan, fentli bèfa,  
los abrahona irat,  
los cruix, los torç, los satsa, los arranca  
de penyes y d'encletxes lo relam;

los engronxa jugant, los alssa al ayre,  
los llança destrossats;  
y estesos per la terra, sense vida,  
rodar los fá p'els penyalars avall.

Tresca llavors les comes una á una,  
guayta en tots los forats;  
entra dins les bastides y barraques,  
y la flama reviva de la llar.

Demunt los sótils y teulades salta,  
forcetja els fumerals,  
y les teules sospesa, toca y gira,  
per sobre el gruix y el pes y el sô que fan.

Obri els portals y força les finestres,  
de cases y palaus;  
corre sales y cambres, y axís tresca  
mil llogarets y viles y ciutats.

Per veure si tota obra es forta y bona  
y feta ab regles d'art;  
si van á plom les pedres, y si tenen  
seguretat les voltes y els llenyams.

La Mar en cuantre seua alssa les ones;  
mes ell segueix mirant  
si els arbres de les barques tenen ánima,  
si hi ha cap tresserol qu' afluxi ó manch.

Si son llurs veles d' atepida lona,  
si porta enclitanats  
los cányoms de les gúmeres y cordes,  
calabrots y amarres, escotins y estrays.

Tot quant afina fals, corcat, ó brévol,  
ó vell, ó mal forjat,  
ho trenca, ho romp, ho espolteix, ho llança  
y ho deixa estés croixit y trossetjat.

Desplega les banderes que coronan  
les tremoloses naus;  
cercant los quatre pals que tant estima,  
y destrossa els penons que troba estranys.

De sobte amanssa la seua ira altiva;  
sembla el més dols embat;  
no vos fieu gayre de ses curtes calmes,  
llavors reposa per millor provar.

Eix es lo poderós lo gran Monarca,  
qu' es diu lo vent Mestral,  
que corre per Valencia, Catalunya,  
la Provença, Tolosa y les Balears.

En arribar deixeu lo trescar lliure;  
respecteu lo, companys;  
qu' un jorn, qui sab, si la Fortuna boija  
rich dosser altre volta li darà.

P. DE A. PENYA.

## À N' EMILIA PALAU

EN SA VIUDESÀ

De ta corona de núvia  
me 'n regalares un brot:  
sota un crestall lo posí,  
per guardarlo de la pols.

Jo me 'l mir desde les hores  
tan fresch com lo primer jorn;  
la flor de la tarongina  
imita ab gaya primor.

Quant trista vingues á veure'm  
no miris pe 'l tocador,  
que hi ha la flor blanca y bella  
y tú dús mantell de dol.

Ahónt es la gentil brotada  
del camp de tes ilusions?  
Com colom que 's pert de vista  
s' han enlayrat tes amors.

Pobre amiga, que gojosa  
t' enllaçares pe 'l meu coll,



y un secret de jovencel-la  
va exhalarse de ton goig!

La fortuna al teu devora  
te feu duptar de l' amor,  
reclavas que fes ella  
refilar los rossinyols.

Per axó al sentirte aymada  
per senzill y noble cor  
tot per ell heu oblidares,  
fins la gloria ab los seus llors.

Donchs, com fer que desolada  
no 't trobis al mig del mon,  
tórtora aymant que gemegas  
desde qu' has vist pondre 'l sol?

Alça 'ls ulls, dexa la terra  
recorre 'l cel espayós...  
Quina llum, quina esperança,  
quina inmensitat de goig!

Per allí va fer la vía  
lo teu benvolgut Espós,  
per dintre lo blau puríssim  
de l' espay meravellós.

Estels y sols dexa enrera  
l' ànima que 'n gracia mor,  
y quant ab son Deu s' abraça  
brilla més qu' estels y sols.

Que podías tú donarli  
per la gloria de son cor,  
si aquí baix punxan y feren  
fins les coronas de flors?

Que podía ell oferirte  
per satisfer sa passió,  
si tots los bens de la terra  
los hauría trobat poch?

Ara si que pot haverne  
prop del infinit tresor  
y amollarte'n de riqueses  
jamay vistés en lo mon.

Desde son estatge ovira  
lo teu amarch desconort  
puig que 'n Deu té 'l gran espill  
hon reflectit ho veu tot.

Emilia, si ell ara 't deya:  
«M' aymía, 'l teu desconsol  
si be no 'm trau de la Gloria  
m' hi fá grandíssim destorb.

Imagina't una esfera  
y á sus mig nostre Senyor:  
dixós qui está més adintre,  
benhaurat qui n' es més prop!

Donchs só dels de més enrera,  
m' aymía per ton condol,

perque sentint com te planys  
sempre 'm gir cap al teu mon.»

Emilia, si axó sentías,  
quin panteix dintre del cor!  
Donchs, recorda aquesta imatge  
si bé vols á ton Espós.

Que la dolor resignada  
dona gloria al Criador,  
y com més gloria té 'l Rey  
més ne creix la de sa cort.

Axeca't, viudeta, axeca't  
ab la fé y ab la oració;  
en Deu está ton aymat  
y en Deu ho trobarás tot.

VICTORIA PEÑA DE AMER.

1882.

## ANYORANSA

---

¿Quant tornarás? Giscant ve l' oroneta  
bategant ab l' alé son pitet blau,  
á enrevoltar alegre en l' estivada  
les engrunades torres del palau.

Broidat el camp per la roella encesa  
mostíes ja ses fulles y color,  
es cayguda mesclada ab les gavelles  
dins les ossades mans del segador.

Dins fornit sementer ja les espigues,  
rallant petit, petit ab l' oratjol,  
li contan ¡y qui sab lo que li contan!  
engronsades com nin dins lo bressol.

Surtint del bosch s'en va la cadarnera  
abrasada de set, loca d'amor,  
á beure vora 'l clot l' aygo fangosa  
y caure en los filats del cassador.

¡Visch aguaytant! Ja veig estols de joves  
qu' á l' aubada cantant van á segar,

la faus al coll, el pa dins la senaya,  
dins lo seu pit un cor que sab amar.

¿Quant tornarás? ¿Quant ja l'herbeta groga  
enrevolti la pedra de mon vas?  
Quant gosant jo de Deu, ab ell lligada,  
de tu no me recordi ¿tornarás?

Tots los gelats iverns volant me fugen,  
s'en va la primavera y ve l'estíu.  
Tu m'ho deyas: record ta prometensa  
y el meu cor que tu vengas, no m'ho díu.

.....  
.....  
Ja tornan l'oroneta y les roelles,  
les espigues del sol prenen color,  
l'aucell va á la beguda, al tay los joves  
lleugerets com el vent, parlant d'amor.

Y tu no vens: y baix de ma finestra  
lo somni 'm fa sentir ton dols cantar:  
betega el cor, revisch, y m'escarrufa  
tenir que despertarme y... anyorar.

NICOLAU DAMETO Y COTONER.

Maig, 1884.

PENSAMENTS  
D' EN GUSTAVO A. BECQUER

---

## I

¿Ahont me vá donar aqueixa cita tant misteriosa?... Jo no hu sé. Tal volta allá, en el cèl, á un' altra vida anterior, á la que sols m' enllassa un record confús.

Però jo l' he esperada y l' esper encara; tremolant d' emoció y d' impaciencia.

Á mils passen les dones per devora mí: unes altes y esblanquehides, suspirant de pena: altres morenetes y resoltes, riguent molt delitoses: totes oferintme sa tendresa ab un mal dòl indefinible, sos plers, sa passió estremada.

Aquest es l' ayre de son moviment; aquells son los seus ulls; aquella altra te sa veu armoniosa... Però mon ánima, que conserva d' Ella una memòria llunyadana, s' acosta á la seua ánima y no la reconeix.

Axí passen els anys que me troban y me deixan segut vorera del camí de l' existencia... ¡sempre esperant!

Tal volta, quant ja seré vell, ran del sepulcre, ab ulls entelats, veuré passar aqueixa dona que tant he desitjat, per morirmè axí com he viscut; ¡esperant desesperat!

## II

¿Quin vent l'ha duyta allà?... No hu sé. Però, jo vaitx veure la floreta filla d'una llevó que vá esclatar en verde enrededera just abaix d'un cipré, que s'alsa com lo derrer pilar d'un temple enderrocat, enmitx d'una planura rasa y solitaria.

Jo vatx veure aquella flor color de cèl ab rimas rotjes com la sanch, y vatx recordarmê del nostro amor impossible.

Un curt estiu duraren les lleugeres brostades de verdura que 's penjaven revoltant la soca revellida; un breu estiu duraren les campanilles blaves y les beyes d'òr y les papallones blanques, tan amigues seues.

Y vengué l'hivern gelat; y el cipré torná á romandre tot sol, engronsant sa triste caperutxa y espolsant la flòvia, alt y afüat y negre, enmitx de la planura blanquinosa.

## III

Entre les fosques ruïnes, al pèu de torreons vestits d'herbey, á l'ombra d'archs y columnes trossetjades, es ahont sol creixer la flor de los recorts.

Ses fulles acopades, passa un y altre día sens correspondre al raig del sol que tot xalest envía el bon-matí á les altres flors.

«El meu sol, diu Ella, no es el de la gavina; l'auba qu'esper per á badarme ha de claretjar en el cèl d'una mirada.»

Flor misteriosa y recullida: guarda ta puresa y ton perfum á redòs dels monuments enderrocats. Llarga es la nit; emperò, les llágrimes semblants á les gotetes de rōada, entre les tenebres de l'esperit, ja anuncian l'arribada del bon jorn.

B. FERRÁ.

---

## MISCELÁNEA

---

El Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer, cuya firma ha honrado las páginas de nuestro quincenario, ha llevado á cabo un acto de heróico desprendimiento, invirtiendo toda su fortuna en la edificación de una Biblioteca-Museo en Villanueva y Geltrú, dotándolos con el legado de todas las numerosas curiosidades que poseía, y la rica colección de sus libros, cuya cifra no baja de 22.000 volúmenes.

El Sr. Balaguer se ha separado de sus amigos de siempre deseoso de aguijonear la ilustración de un pueblo que desde hace muchos años le confía su representación en las Córtes españolas. ¡Permita Dios que la munificencia del donante no sea estéril!

Á tan laudables fines se han asociado, como era de esperar, personas reales de nuestra secular dinastía y de otros pueblos, y las más significadas personalidades de nuestras letras, remitiendo á la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, por mano de su ilustre fundador, colecciones completas de autores, ó valiosas obras científicas y literarias, movidos del entusiasmo que les ha inspirado el rasgo del trovador catalán, y que como todos los hechos que vivamente impulsan las explosiones del sentimiento, solo pueden tener un público; el de los admiradores.